

# ***Palestina, 1948:*** *los límites de la interpretación histórica*

---

Henry Laurens

La interpretación de los acontecimientos de 1948 es uno de los temas más controvertidos del conflicto árabe-israelí, como si se tratase de un punto de partida absoluto. Así es, al menos, como lo plantean los actores. Para los israelíes, lo ocurrido ese año pertenece a la categoría de los fundamentos de la legitimidad del Estado hebreo, sometido sin cesar, desde entonces, a las agresiones de los árabes. Los pesados sacrificios impuestos por la guerra se convirtieron en los motivos de una religión cívica de la conmemoración absolutamente indispensable debido a que, a pesar de la larga historia del pueblo judío, su episodio sionista sólo representa la parte más reciente: las víctimas de la historia se constituyeron finalmente en combatientes en la lucha armada por la independencia. Para los palestinos, tomó el lugar de una escena primordial y se erigió como el origen de su drama personal y como el motor de su lucha por su restauración legítima. Entraron en la historia, entonces, en la fila de las víctimas, de ahí la necesidad de convertirse en combatientes para recuperar sus derechos.

Así, desde el punto de vista israelí, el éxodo palestino había sido silenciado y, en cierto sentido, completamente negado; en el mejor de los casos, los palestinos votaron con los pies, y la responsabilidad inicial correspondió a la acción árabe, en particular a los llamamientos que incitaban a la población a partir para facilitar la penetración de los ejércitos árabes, los cuales lanzaron la agresión después del 15 de mayo. De manera muy deliberada, se resta importancia a la secuencia de acontecimientos anteriores a la proclamación del Estado

---

Texto tomado de *Esprit* 8-9, agosto-septiembre de 2000, pp. 119-146. Traducción del francés: Mario A. Zamudio Vega.

judío en provecho de la descripción del David que combate a Goliat. Desde el punto de vista palestino, la expulsión de los árabes era de capital importancia para el proyecto sionista y, por ende, ineluctable a partir de la creación de un Estado judío; las circunstancias mismas, consecuentemente, tienen una importancia menor en comparación con la concreción de la voluntad de llevar a cabo el programa sionista.

#### DE LA CUESTIÓN JUDÍA AL PROBLEMA ÁRABE

La radical oposición de las interpretaciones tradicionales marca en realidad el conflicto de la legitimidad: los árabes veían en el proyecto sionista y su puesta en práctica bajo la forma del Estado de Israel, una negación de justicia, puesto que sólo se podía llevar a cabo en detrimento de las aspiraciones nacionales de los árabes palestinos y, en consecuencia, mediante la eliminación de cantidades importantes de seres humanos. Del lado sionista, la idea era que se trataba efectivamente de “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra”, lo que, en la mejor de las interpretaciones, se comprende no como la afirmación de la inexistencia de árabes en Palestina, sino como la de que éstos no formaban un pueblo, sino tan sólo un grupo de habitantes y, en el mejor de los casos, una fracción de un pueblo árabe mucho más numeroso.

Tal afirmación debe comprenderse a la vez como la proyección sobre los árabes del proceso unitario judío –así como existía un pueblo judío compuesto de fracciones diversas, y no varios pueblos judíos, existía un solo pueblo árabe– y como la condición necesaria para la realización del proyecto sionista en materia de legitimidad: reconocer la legitimidad de la presencia árabe en Palestina haría imposible la constitución de un Estado, al cual debería dotarse de cuando menos una amplia mayoría judía; si no, sólo equivaldría a restaurar en la tierra de los antepasados la situación minoritaria de la diáspora.

#### LOGROS Y LÍMITES DE LA HISTORIA REVISIONISTA

Desde hace algunos años, un importante grupo de historiadores israelíes ha revisado la versión establecida de los acontecimientos de 1948. Tienen en co-

mún la voluntad de hacer abstracción de la cuestión de la legitimidad y la decisión de atenerse a la documentación disponible, compuesta esencialmente de lo que se puede consultar –que, por lo demás, es considerable– en los archivos sionistas, israelíes e internacionales. La fuerza de su argumentación descansa en su riguroso apego a las huellas históricas dejadas por los acontecimientos, así como en su preocupación por plantear únicamente lo que se puede corroborar en la documentación. Tal manera de conducirse tiene como límite el rechazo a una interpretación más o menos generalizadora, lo cual lleva a la dificultad de restituir los hechos en perspectivas más amplias y de insertarlos en los diferentes ritmos temporales.

Así, si bien la escuela revisionista constituye una ruptura considerable en el seno de la historiografía israelí, no desemboca en un adelanto metodológico en la materia; por el contrario, sin que ello le reste valor, es un retorno a las prácticas positivistas de la historiografía occidental de la primera mitad del siglo xx.

Curiosamente, el debate suscitado por los revisionistas en el mundo judío parece desarrollarse en posiciones invertidas. Los que sustentan la versión tradicional acusan a los “nuevos historiadores” de minar la legitimidad del Estado de Israel inventando un “pecado original” del Estado judío y revelan así su propia inseguridad en relación con dicha legitimidad, mientras que los revisionistas afirman que su voluntad de hacer abstracción de la cuestión sólo es la prueba de su confianza en la legitimidad y, más allá de ésta, en la solidez de la realización israelí. Por lo demás, se trata de la paradoja propia al “postsionismo”, tan acusado de traición por sus contradictores: proclamar que el proyecto sionista está terminado y que hay que pasar a otra cosa equivale a afirmar que ya no hay necesidad de volver a la cuestión de la legitimidad, puesto que ha perdido todo significado.

#### LA GUERRA PALESTINO-SIONISTA

De entre los historiadores revisionistas hay que mencionar sobre todo dos nombres: Benny Morris (1987) y Avi Shlaim (1988), de los cuales el primero es el gran historiador del éxodo de los palestinos. Para simplificar sus posiciones se podría decir que, según ellos, en los acontecimientos anteriores al 15 de

mayo de 1948, en particular en lo referente al periodo de finales de marzo a mediados de mayo, las primeras grandes olas del éxodo palestino constituyen el subproducto de una voluntad consciente de expulsión de las poblaciones. En ese caso, se trata de una situación específica: la de la guerra palestino-sionista.

A partir del día siguiente a la votación del plan de repartición, la violencia se generalizó entre las dos comunidades. En un primer momento afectó las zonas de contacto, tanto urbanas como rurales; después, a principios de 1948, se hizo presente como la voluntad palestina de impedir la constitución del Estado judío, prohibiendo las comunidades dentro del archipiélago de lugares que formaban las implantaciones sionistas. Los sionistas, que no poseían sino una proporción muy reducida del espacio palestino –menos del 10 por ciento–, con un patrimonio territorial constituido por “vacíos” que ya existían en el espacio árabe antes de 1914, y con el objetivo de crear “derechos” instalando colonias por razones geoestratégicas y no económicas (fenómeno particularmente claro a partir del decenio de 1930), sólo habían podido dotarse de pequeños espacios muy dispersos dentro de conjuntos más vastos de poblaciones árabes.

La gran debilidad de los sionistas residía en esa dispersión, por lo que una guerra defensiva de las comunidades no podía sino serles desfavorable. Esa práctica se correspondía perfectamente con la lógica de la sociedad árabe. Entre 1936 y 1939 lo esencial de la fuerza palestina reposaba en los *'isabat*, bandas de campesinos que practicaban espontáneamente la guerrilla y que nunca se alejaban demasiado de sus pueblos de origen. Socialmente, ese tipo de agrupamiento armado reproducía las estructuras familiares y de clan del campesinado y reconstituía el espacio rural de las luchas de facciones campesinas anteriores a la pacificación otomana de la segunda mitad del siglo XIX. En la práctica, según la expresión consagrada, los *'isabat* se sentían como “peces en el agua” en el espacio árabe, especie de mar que rodeaba las islas sionistas.

Mientras la presencia británica siguiera estando asegurada, los sionistas se encontraban obligados a una defensiva de lo más desventajosa, tanto más cuanto que, por ideología, se rehusaban a abandonar la menor posición, a pesar del riesgo de pagar el precio con pérdidas humanas. Las fuerzas inglesas, que metódicamente llevaban a cabo su retirada, les prohibieron emprender operaciones de gran envergadura. En el plano político, la extensión de los proble-

mas en Palestina llevó al Departamento de Estado estadounidense, más o menos autorizado por el presidente Truman, a poner en tela de juicio el plan de repartición y a proponer que se pusiera a Palestina bajo tutela, lo que tendía a enviar la constitución del Estado judío a las calendas griegas. Con el propósito de proteger a las familias, los notables árabes enviaron a sus mujeres e hijos a los países árabes vecinos, y después, dado que la violencia se agravaba, fueron a reunírseles, con lo cual pusieron el ejemplo al resto de la población. La preocupación natural de la gente, hasta entonces poco expuesta a la violencia, inició un proceso de desestructuración social mucho más marcado en las ciudades que en los pueblos.

Con la llegada de la primavera, la amplitud de la retirada británica y la proximidad de la fecha límite del 15 de mayo –fecha que determinaba la constitución o no del Estado judío– llevaron a las fuerzas sionistas, mucho más organizadas, a tomar la ofensiva. Como en toda contraguerrilla, la única lógica posible para luchar contra los “peces en el agua” consistía en “vaciar el agua”. Se trataba del plan D, o Dalet. No tenía como finalidad la expulsión de los palestinos, pero su ejecución lo entrañaba. Y, consecuentemente, eso fue lo que ocurrió en las zonas litorales y en Galilea en abril y mayo de 1948. La partida de las poblaciones, por lo demás, estaba vinculada más a menudo con la violencia de los combates y con la desestructuración de la sociedad que con las medidas de expulsión propiamente dichas, lo cual no tiene nada de sorprendente: Europa experimentó ese fenómeno en muchas ocasiones durante la segunda guerra mundial, mientras que Francia, en particular, vio a varios millones de sus ciudadanos emprender la huida en mayo y junio de 1940 sin que hubiese la menor medida de expulsión de parte de los alemanes.

Después del 15 de mayo, las huidas “espontáneas” cesaron progresivamente en comparación con las expulsiones, de las cuales la más importante fue la que llevó a cabo el joven Itshak Rabin en Lod y Ramalá durante la guerra de los diez días de julio de 1948: muchas decenas de miles de habitantes de las dos ciudades fueron expulsados con toda deliberación, oficialmente, por razones de seguridad (la imposibilidad de dejar tal masa de gente en la retaguardia del ejército israelí) y de táctica militar (provocar la parálisis del ejército jordano, ahogándolo bajo el flujo de los refugiados).

Benny Morris muestra con claridad que en el segundo semestre de 1948 los actos de expulsión fueron numerosos y deliberados, pero afirma que no se puede agruparlos como parte de un plan de conjunto. No ocurre lo mismo en el caso de las medidas adoptadas para impedir el regreso de los refugiados, como la destrucción de las cosechas y, después, de los propios pueblos, mientras se instalaba a los sobrevivientes de los campos de concentración nazis en las casas de los barrios árabes de las ciudades; oficialmente, por razones de seguridad, las transferencias y expulsiones de la población continuaron hasta principios del decenio de 1950. No hay nada más qué decir sobre la perspectiva que adoptó Benny Morris, pero es necesario completarla, pues el historiador permanece prisionero de una visión propiamente israelí de los acontecimientos: aborda a la sociedad árabe como si fuese un todo homogéneo; sigue siendo el “otro”, al que uno se enfrenta. La pertinencia de su comportamiento, no obstante, sólo adquiere todo su sentido en su relación con el movimiento sionista.

El examen de los hechos permite explicar mejor la complejidad del fenómeno. El éxodo anterior al 15 de mayo se refiere particularmente a las regiones litorales y a Galilea; ahí fue donde la sociedad árabe se derrumbó casi sin resistencia; en cambio, cuando se dirige la vista hacia las regiones del interior, el éxodo de las aldeas se presenta más como el producto directo de la violencia, pues la sociedad estaba claramente menos desestructurada y los combates fueron particularmente feroces. Tal fue el caso del corredor que vincula Jerusalén con el litoral, con lances tristemente célebres, como los de Deir Yassin o Qastal; en Jerusalén, la lucha se dio barrio por barrio, casa por casa. La cartografía del éxodo coincide con la de la historia social y económica de Palestina, en especial con la de las estructuras agrarias: cuanto más se entraba en la esfera de lo arcaico, tanto más fuerte fue la resistencia; la que se derrumbó primero fue la Palestina de la modernidad.

#### LA GUERRA ÁRABE-ISRAELÍ

Si bien la contribución de Benny Morris es indispensable en lo concerniente a la guerra palestino-sionista, la de Shlaim constituye una aportación inapreciable en el caso de la guerra árabe-israelí. Este autor se centra en el personaje

del rey Abdullah para escribir la historia de las antiguas relaciones entre el soberano hachemita y la dirección sionista. Demuestra, sobre todo, lo mucho que los británicos alentaron otro plan de repartición de Palestina, esta vez de manera conciliatoria, entre el Estado judío por nacer y Jordania. Asimismo detalla las negociaciones secretas y confirma que se trató de acuerdos verbales que después del 15 de mayo habrían de tropezar con la cuestión de Jerusalén.

La implicación directa de los Estados árabes no estaba asegurada y únicamente entraron en la guerra después del 15 de mayo debido al éxodo de los palestinos, y con el propósito de impedir un agrandamiento de Jordania; pero divididos irremediamente y sin haber hecho preparativos serios, muy pronto exhibieron su debilidad, y a medida que avanzaba el año de 1948 la relación de fuerzas se volcó en favor de los israelíes. En 1949 y 1950 los Estados árabes estaban dispuestos a aceptar una paz de compromiso sobre la base de los “territorios contra la paz”, pero Ben Gurion no les propuso sino la “paz contra la paz”, esto es, una paz basada en el reconocimiento de los hechos consumados, territoriales y humanos. A partir de entonces, el conflicto árabe-israelí adquirió su propia dinámica, destinada a mantenerlo durante muchos decenios.

#### INTENCIONALISMO Y CIRCUNSTANCIALISMO

Aunque los trabajos de Benny Morris suscitaron un gran número de reacciones en Israel, la comunidad científica los considera hoy en día como logros sólidos. Es cierto que la versión tradicional israelí ya no podía sostenerse: desde principios del decenio de 1960 se había demostrado que la referencia a las radios árabes que llamaban al éxodo a los palestinos no era sino mera propaganda sionista y no tenía fundamento alguno; los monitoreos de la radio hechos en la época no mostraron ninguna huella de tales llamamientos. Después, Walid Jalidi había descubierto y publicado el plan Dalet, prueba, según él, de la voluntad sistemática de expulsión de los palestinos.

Yendo más lejos, los historiadores palestinos o pro palestinos habían comenzado a hacer el inventario de los proyectos de “transferencia” de la población árabe para permitir la constitución del Estado judío; según ellos, 1948 no era sino la terminación de un proyecto previsto desde mucho tiempo antes; de

alguna manera, la expulsión de los palestinos formaba parte del “código genético” del sionismo. Se trata, en este caso, de la tesis “intencionalista”. En su obra, por el contrario, Benny Morris insiste en la importancia de las circunstancias cada vez que se dispone de una documentación suficientemente abundante como para establecerlas, por lo que se puede decir que se trata de una tesis “circunstancialista” (prefiero este término al de funcionalista, que se deriva de la expresión “en función de las circunstancias”).

Los críticos intencionalistas de Morris, que se apoyan más en una lectura puntillosa de los trabajos del historiador israelí que en nuevos datos, vieron rápidamente lo que se sugiere, en efecto, en numerosas ocasiones, en sus escritos, esto es el papel casi diabólico de Ben Gurion, verdadera encarnación de la “razón de Estado” que domina los acontecimientos de principio a fin. El jefe del movimiento sionista y después primer ministro del naciente Estado tuvo siempre en mente que la condición misma del surgimiento y, más adelante, la consolidación del Estado hebreo, pasaba por su homogeneización étnica (y, en otro plano, cultural). Más todavía que para De Gaulle en Francia, el Estado era su principal preocupación, de ahí su gran determinación por prohibir todo lo que pudiera poner en peligro su monopolio de la representación política y militar. En el seno del campo sionista, suprimió rápidamente las fuerzas militares de origen político, tanto de izquierda (Palmach) como de derecha (Irgún y Stern). Su dominio de los acontecimientos era tal que al mismo tiempo que hacía frente a las situaciones corrientes se ocupaba ya de la escritura de la historia por venir, seleccionando lo que se debía conservar y lo que debía anularse de la documentación.

En lo que concierne a los palestinos, siempre según Morris, Ben Gurion comprendió que su margen de acción estaba limitado por la izquierda marxista del MAPAI, apegada, al menos en el discurso, a la idea binacional. El gobierno israelí no podía adoptar decisión colectiva alguna sobre un asunto tan importante. En apariencia, Gurion dejó que los acontecimientos se desarrollaran y desembocaran en una especie de “sorpresa divina”. En realidad, parece ser que utilizó sus facultades en cuanto responsable de los ejércitos para hacer pasar sus órdenes de expulsión, sin rastro escrito de ser posible, con el propósito de evitar que la cuestión fuese evocada en el consejo del gabinete. Los respon-

sables del MAPAI se encontraban en una posición tanto más incómoda cuanto que, aunque su doctrina predicaba con claridad el entendimiento con los árabes, su base política –las colonias colectivistas– era el principal beneficiario de las “salvajes” transferencias territoriales iniciadas sobre la marcha misma de la partida de los refugiados y, consecuentemente, se hallaban paralizados.

Se puede demostrar que el realismo de Ben Gurion, a quien parece deberse la continuación a lo largo de varios decenios del conflicto con los árabes, pasaba por una detención del avance territorial del sionismo en 1949, a pesar de que se contaba con los medios para apoderarse de la totalidad de Palestina bajo mandato, y aún más, puesto que se debía otorgar la prioridad a la consolidación de las conquistas, es decir a su “digestión”, mediante la implantación de nuevos inmigrantes. Una vez concluido ese nuevo poblamiento, la reanudación de la expansión territorial podría tener lugar si se presentaban circunstancias favorables. Tales parecen haber sido sus intenciones con ocasión de la guerra de 1956. Así, Ben Gurion pudo combinar un profundo realismo, fundamentado en una estimación permanente de las relaciones de fuerza, con un sentido del Estado que le permitió discernir las prioridades que debía seguir en relación con la expansión territorial y la consolidación de ese Estado.

#### PALESTINA: UN JUEGO DE SUMA CERO

Finalmente, los intencionalistas hacen una crítica textual en el sentido de la “lógica del discurso”, mientras que los circunstancialistas la hacen en el sentido de la obstinación documental. Muy curiosamente, ni unos ni otros remiten lo suficiente a los contextos generales que tienden a reducir la parte de la voluntad individual en provecho del marco más global en el que evolucionó la cuestión de Palestina desde los comienzos del siglo xx.

No es posible extenderse en este trabajo sobre el hecho de que el sionismo original pertenecía a la cultura política de Europa Oriental, con su mezcla de nacionalismo exacerbado, historia mitificada y experimentación social. Al mismo tiempo que pretendía ser un retorno a los orígenes, era una voluntad de occidentalización a ultranza. Desde el principio se erigió en representante de la civilización occidental en un mundo oriental dominado y desvalorizado. En

cuanto liberador de los judíos del Este oprimido, se situó del lado del Occidente dominante. Independientemente del proyecto ideológico, no podía ser de otra manera, puesto que antes de 1914 la única posibilidad de entrar a Palestina era valiéndose del sistema imperial occidental de las capitulaciones y las protecciones consulares y, después de 1918, beneficiándose de un sistema de mandatos con el que se pretendía tomar en consideración el retraso de Oriente y la perpetuación del sistema de dominio occidental.

La obtención de territorio para el pueblo judío, presentada como la única solución al problema judío y, por lo tanto, de respuesta al antisemitismo, era insuficiente desde el punto de vista del auditorio judío. Los responsables sionistas comprendieron rápidamente que tal acción sólo podría ser efectiva si tenía como objetivo la Tierra Santa. El recurso a la historia santa, aun dándole un carácter laico, era indispensable para alcanzar el objetivo e interesar en él a los judíos y a los que no lo eran. La constitución, con un fin humanitario, de una tierra de refugio, no habría desembocado en nada concreto: para la realización del proyecto la dinámica entrañaba el recurso a una sacralidad en la que se mezclaban inextricablemente lo religioso y lo nacional.

Durante los primeros diez años del siglo xx parecía imposible poner en tela de juicio, durante muchos decenios, incluso siglos, el mundo creado por el imperialismo. La inmigración judía era demasiado reducida como para que pudiera amenazar la estabilidad del poblamiento árabe, y si bien los sionistas hablaban ya del problema árabe, no les parecía posible que la constitución del Estado judío se llevara a cabo durante su generación. Ni siquiera el joven Ben Gurion pensaba en tal futuro. Fue necesario el tormento de la primera guerra mundial para trastocar esas condiciones. En el contexto del periodo de 1917 a 1920, por un momento pareció que el Estado judío podría constituirse inmediatamente, pero ya a comienzos del decenio de 1920 se impuso la vuelta a la realidad: el movimiento sionista no contaba con los medios humanos ni financieros necesarios para alcanzar tal objetivo. La constitución de un Hogar Nacional Judío fue la ambición realista de esa época.

Del lado árabe, en cambio, se consideró desde un principio que el proyecto sionista con el interinato de los británicos presuponía la expulsión de los árabes de Palestina. La oposición árabe se organizaba en dos planos: por una par-

te, en el de la supervivencia misma en la tierra de sus antepasados, y por la otra, en el de la frustración de un movimiento nacional en cuyo camino de acceso a la independencia reconocida a los otros pueblos del Cercano Oriente el mayor obstáculo estaba constituido por el Hogar Nacional Judío.

Palestina se puso a funcionar en un juego de suma cero: todo progreso de uno, los sionistas en este caso, sólo se podía hacer en detrimento del otro; y la superación del conflicto mediante lo económico sólo era una ilusión en la que se complacían los responsables británicos. Cuando las comisiones de investigación británicas de 1930 y 1931 evocaban el despojo de los campesinos palestinos, los sionistas gozaban de todas las facilidades para presentar cifras que subestimaban ampliamente el fenómeno. El problema se hallaba en otra parte: el campesinado árabe estaba sometido a una presión demográfica que el éxodo rural, ya activo, no bastaba para atenuar y era vulnerable a la menor modificación climatológica: el inicio del decenio de 1930 estuvo caracterizado por malas cosechas que hundieron a un gran número de campesinos en la miseria, a pesar de las exenciones de impuestos decididas por las autoridades.

#### LA IDEA DE LA TRANSFERENCIA

La crisis agrícola árabe, ligada al crecimiento demográfico acelerado, se dio en las regiones del interior, donde había pocos sionistas. Casos relativamente menores de despojo de campesinos árabes en el norte de Palestina adoptaron un valor simbólico que anunciaba el desastroso futuro que amenazaba al conjunto del campesinado. Al mismo tiempo, los sionistas habían logrado la adquisición de los últimos “huecos” en el área agrícola árabe, y para hacer nuevas compras volvieron la mirada hacia las regiones de poblamiento denso, donde por lo general se toparon con el rechazo, como lo demuestra la inexistencia, hasta el final del mandato, de implantaciones sionistas en Cisjordania. Cada intento de adquisición se consideraba como una nueva amenaza para los campesinos del interior.

Aunque los sionistas disponían de todas las municiones necesarias para argumentar que en nada eran responsables de la crisis rural palestina, no contaban con elementos que pudieran demostrar que había tierras disponibles para

un nuevo avance de su colonización. En ese contexto fue que se mencionaron realmente las primeras ideas de “transferencia”.

Tales ideas se inspiraron en el intercambio de población entre Grecia y Turquía durante el periodo inmediatamente posterior al Tratado de Lausana (1923). Se trataba de financiar la reinstalación en Transjordania de campesinos palestinos que dejarían sus tierras a los colonos judíos. El proyecto, que marcó también el abandono de la reivindicación sionista sobre las tierras al otro lado del río Jordán, tuvo de todos modos poca repercusión debido a lo reducido de la inmigración judía a principios del decenio de 1930; sin embargo, fue el reconocimiento en los hechos de que Palestina era un juego de suma cero.

Todo se trastornó con la llegada de Hitler al poder en enero de 1933. A partir de entonces El Hogar Nacional Judío entró en un círculo económico virtuoso en el que se conjugaron la llegada de inmigrantes en un buen número, el flujo de capitales abundantes y los frutos de la política de construcción de infraestructura puesta en marcha desde el inicio del mandato. A mediados del decenio de 1930 los sionistas ya pudieron concebir una mayoría judía en Palestina en un futuro cercano. El tono del discurso se volvió más el del conquistador y algunos pudieron incluso prever la toma de posesión de Palestina por la fuerza en caso de que los británicos pusieran obstáculos.

El problema árabe seguía siendo un obstáculo al que se daba la vuelta de manera retórica: los antiguos oprimidos no podían convertirse en opresores. Algunos llegaban a proponer, aunque de manera confusa, una transferencia planificada de la población árabe fuera de Palestina. La dirección del movimiento no los aprobaba. La única oferta que se hizo fue la integración del futuro Estado judío en una federación árabe del Cercano Oriente, lo que permitiría calmar las inquietudes de los árabes palestinos. Mediante ese rodeo, lo único que lograron fue implicar a los otros Estados árabes en el expediente, acelerar las discusiones sobre la unidad árabe y hacer de la cuestión palestina una preocupación esencial para la opinión pública de todos los países.

Hacía falta un observador exterior para sacar la conclusión de los sucesos en curso: la Comisión Real Británica de 1937, que a consecuencia de la primera fase de la revuelta palestina determinó que el mandato era imposible y la repartición ineluctable, pero que sólo se podía hacer si iba acompañada de una

transferencia de la población árabe fuera de la parte judía. Aunque tal proyecto no habría de resistir a la segunda fase de la revuelta palestina (de 1937 a 1939), la idea de la transferencia se mantendría.

Algunos aseguran que la acumulación de citas sobre la transferencia permite constituir de manera arbitraria un catálogo de afirmaciones que expresan lo que habría de ser la naturaleza del sionismo, mientras que en las mismas fuentes podría encontrarse la posibilidad de establecer un catálogo que iría rigurosamente en el sentido contrario. Decir que la acumulación de datos históricos, en particular de archivos, que es lo propio del historiador contemporáneo, permite probar todo y lo contrario de todo, equivale a rehusar que se dé inteligibilidad a los fenómenos históricos del siglo xx en nombre de un ultrapositivismo que niega la jerarquización de los datos, indispensable en todo buen método histórico. En ello hay una confusión entre el oficio del historiador y la expresión de una tesis filosófica o el alegato del abogado. Mediante un enfoque idéntico, se podría decir que del Congreso de Basilea al Primer Plan de Repartición no se trató verdaderamente de constituir un Estado judío en Palestina y que esa idea no fue formulada verdaderamente en primer lugar sino por la propia Comisión Real de 1937. En la realidad, la idea de la transferencia surgió únicamente en el marco de una reflexión sobre el futuro y cuando se tomó en cuenta el hecho de que Palestina constituía un juego de suma cero. Es evidente que los constructores del Hogar Nacional Judío tenían en mente la creación de un Estado judío, pero también que se veían acaparados por las realizaciones concretas e inmediatas que absorbían lo esencial de sus actividades. Sus intenciones no eran hostiles hacia los árabes palestinos, pero estos últimos constituían un obstáculo que, en la relación de fuerzas del momento, no se podía desplazar. Moralmente, no podía ser cuestión de desplazarlos, pero el reconocer la legitimidad histórica de su presencia en el suelo de la tierra de Israel llevaba a invalidar la empresa sionista en su conjunto.

#### LA CONCILIACIÓN IMPOSIBLE

En cambio, la toma de conciencia fue inmediata entre los actores árabes, que percibieron los acontecimientos inmediatos en el marco de un futuro que ha-

bría de desembocar en su represión mediante el acantonamiento y la expulsión. El flujo de inmigrantes judíos correspondía al momento en que el campesinado palestino se encontraba prisionero de sus dificultades estructurales. Ahora bien, desde 1928 la evolución política se había reanudado con enfrentamientos fuera de todo contexto económico y con la identificación, tanto entre los árabes como entre los judíos, del simbolismo nacional con el religioso. El asunto del Muro de las Lamentaciones, en 1929, desembocó en la constitución de una nueva oposición, que rebasaba el marco palestino: el mundo musulmán contra el mundo judío. La exacerbación de las pasiones antecedió a la definición de la crisis económica y Palestina volvió a ser la Tierra Santa, con todo lo que ese término contenía de promesas de enfrentamiento.

Con todo, de 1930 a 1936 hubo diferentes intentos de conciliación que permitieron a los árabes, tanto palestinos como no palestinos, conocer mejor los proyectos sionistas.

La imposibilidad de llegar a un acuerdo con los palestinos llevó a los responsables sionistas a pensar en una “opción transjordana” con la que se sustituyera a los árabes de Palestina. El emir Abdullah, prisionero en su pequeño emirato a pesar de que desempeñó un importante papel en la revuelta árabe de la primera guerra mundial, se mostró interesado desde el principio en un acuerdo con los sionistas en el marco de una política que debía desembocar en el trono de la “Gran Siria” y, eventualmente, en la reconquista de Arabia sobre los saudíes.

No se trata de detallar los acontecimientos de la revuelta palestina del periodo de 1936 a 1939 ni los de la segunda guerra mundial; sus consecuencias inevitables fueron un endurecimiento general de las posiciones, a pesar de los intentos de las fracciones binacionales poco representativas en cada campo. Lo esencial residía en la imposibilidad de confiar en las seguridades que el otro estaba dispuesto a prodigar; irremediamente, lo único que cada una de las partes podía proponer a la otra era una posición de minoría en el momento de la constitución del Estado y todo compromiso pasaba necesariamente por renunciaciones considerables de parte de quien tuviera el control de la tierra: los árabes antes de 1948, los israelíes después de esa fecha. El que ocupara la mayor parte del espacio podía, en caso de que fuese estrictamente necesario, aceptar

un acuerdo que le garantizara la perennidad de su posesión, lo cual era inaceptable para el otro, que no tendría más opción que el recurso de la fuerza.

#### EL CONTEXTO DE 1948

La experiencia hitleriana creó un “pueblo judío” cuyo representante político era el sionismo, lo que anteriormente era discutible, como lo demuestra la distribución de las corrientes de migración que desembocaron en una extensión de la diáspora al conjunto del mundo y no en el reagrupamiento en un solo cantón del planeta. La experiencia del judeocidio llevó inevitablemente a la hipótesis de lo peor. Cualquier otro camino habría parecido criminal. La hipótesis de lo peor se refería, antes que a una nueva revuelta palestina –el movimiento sionista disponía de los medios militares para hacerle frente–, a la intervención militar de los otros Estados árabes.

Toda la negociación con Abdullah se hizo con base en el equívoco y en lo no dicho: Abdullah, rey de Jordania desde 1946, propuso oficialmente hacer del Hogar Nacional Judío parte de su reino de la Gran Siria, dando a entender al mismo tiempo que aceptaría un Estado judío si se le dejaba la parte árabe del Plan de Repartición. Jordania, sometida a las presiones de los otros Estados árabes, endureció públicamente su discurso, al mismo tiempo que lo desmentía discretamente ante los responsables sionistas. La Legión Árabe Jordana estaba comandada por oficiales británicos que serían los responsables de la aplicación sobre el terreno de un acuerdo jamás redactado y siempre impreciso: ¿iría la anexión de la parte árabe del Plan de Repartición hasta el litoral mediterráneo ya conquistado por los sionistas antes del 15 de mayo?

En esa situación, Ben Gurion aparece, antes que como el genio político que todo lo domina, como la encarnación de los temores sionistas en su estrategia de la hipótesis de lo peor. La desconfianza hacia las intenciones británicas había adquirido una dimensión paranoica con el temor permanente al complot británico. Tal causalidad diabólica reflejaba la transferencia del amor al odio hacia los antiguos protectores, a menudo comparables, en el discurso, a los nazis mismos. La estrategia política del Estado de Israel consistió en poner en el mismo plano el riesgo de exterminio y la posibilidad de un revés político ma-

yor, que estaba lejos de ser su equivalente. En esencia, el sionismo es una dinámica, y todo bloqueo se interpreta como una condena a muerte; lo dramático es que esa dinámica se alimenta del miedo al exterminio, que se renueva periódicamente. A partir de ese momento se construyó uno de los mitos políticos fundamentales del Estado hebreo: el de la carencia de opción. Ante el riesgo del exterminio no podía existir más opción que la fuerza. Como se verá en el periodo posterior a 1949, la visión política israelí tiende a jamás tomar en cuenta la interacción de sus propios actos con los de las partes árabes interesadas.

A todas luces, el plan Dalet parece haber tenido dos objetivos fundamentales: limpiar el terreno antes de la llegada de los ejércitos árabes y crear una situación tal que el poner a Palestina bajo tutela se revelara imposible, mientras que la estrategia palestina, en la medida en que pudo haber existido y en lo que se puede discernir, residía precisamente en la búsqueda de tutela, la cual podría significar un alto definitivo al avance del sionismo. Ahora bien, Jordania no quería la tutela, pues podría poner fin a las ambiciones de la Gran Siria de Abdullah. Objetivamente, todo llevaba al monarca hachemita a acercarse a los sionistas, pero el aumento de la violencia y el exacerbamiento de las pasiones dificultaban cada vez más una repartición amistosa. Mientras que en Ammán se tenía la seguridad, con toda razón, del apoyo británico, en Tel-Aviv se podía creer que la tutela no era sino una nueva estratagema de la Gran Bretaña.

La actitud de los Estados árabes era de lo más fluctuante: desconfiaban de los proyectos jordanos sobre la Gran Siria, pero no querían intervenir directamente en el conflicto. La acción que llevaban a cabo desde 1947 había consistido en un financiamiento de las actividades palestinas y en el envío de voluntarios, pero no se habían preparado en absoluto para entrar en guerra. La decisión de intervenir la adoptaron en el último momento, sin ningún estudio previo de las condiciones del combate y en un clima de desconfianza, temor y división entre los diferentes socios.

En cuanto al choque final entre jordanos e israelíes, demuestra que la racionalidad de los actores se detenía siempre ante la sacralidad religiosa y nacional que representaba Jerusalén. En sus cálculos previos, Abdullah y Ben Gurion habían actuado como si la internacionalización de la ciudad santa fuese un hecho y, en consecuencia, se fuera a actuar como si se tratase de un simple

ajuste territorial en beneficio común de ambas partes; sin embargo, la guerra palestino-sionista había hecho caduca tal perspectiva: contrariamente a sus compromisos anteriores, los dos países iban a ser arrastrados rápidamente a un combate sangriento por el control de la ciudad santa.

#### ¿DE LAS PROFECÍAS DE REALIZACIÓN AUTOMÁTICA A LA INTENCIONALIDAD?

En un primer análisis, parece bastante claro que el temor fue lo que suscitó tanto entre los palestinos como entre los sionistas dos profecías cuya realización estaba condicionada por el otro.

Los palestinos estaban persuadidos desde un principio de que el objetivo de los sionistas era despojarlos, por lo que iban a hacer todo lo posible para impedir la constitución del Estado judío, esa negación de justicia para ellos. Por su parte, los sionistas consideraban la intervención de los Estados árabes como inevitable, por lo que tenían que limpiar el terreno, procediendo al despojo de los palestinos; de esa manera se encontrarían en una posición tal que podrían oponerse eficazmente al avance de los ejércitos árabes. El plan Dalet permitió adquirir una posición defensiva indispensable. La relación de fuerzas habría sido muy diferente si la situación hubiese sido la que existía todavía en los meses de febrero y marzo de 1948; en ese entonces, Tel Aviv estaba rodeada *de facto* de poblaciones árabes y se habría encontrado en la situación en que habría de encontrarse Jerusalén después del 15 de mayo: en un cerco casi total.

La homogeneización territorial obedecía claramente a una lógica militar: era vital, para que pudiera establecer la superioridad israelí; pero lo que suscitó la tan temida intervención de los ejércitos árabes fueron el despojo y la expulsión de los árabes palestinos. Ese contexto tan preciso permite comprender mejor la documentación que analizó Benny Morris. Antes del 15 de mayo, y aun ya en el mes de junio, no podía ser cuestión de que se pensara en otra cosa que en lo inmediato, definido por la hipótesis de lo peor. Realmente no existía entrelazamiento con el futuro ni referencia a una intención proveniente del pasado.

En cambio, en el momento mismo en que se produjo la divina sorpresa, pagada con dolorosas pérdidas humanas, y la relación de fuerzas se estableció definitivamente en provecho del naciente Estado israelí (guerra de los diez días,

de julio de 1948), los sionistas se encontraron en una situación completamente diferente: ya se podía abandonar la hipótesis de lo peor y hacer realidad el proyecto sionista, y a partir del verano de 1948 se entró en una lógica deliberada de purificación étnica y expansión territorial. Lo que lo permitió fue tanto la voluntad de homogeneización de la población del Estado hebreo como la falta de legitimidad atribuida desde el principio a la presencia árabe, considerada como un obstáculo.

La explicación a través del contexto general y no con base en las circunstancias más inmediatas arroja otra luz sobre la documentación reunida por Benny Morris: marca los límites del enfoque positivista, pero, al mismo tiempo, impide todo recurso a la teoría del complot, aunque hubiese sido alentado por el propio Ben Gurion. Probablemente este enfoque circunstancialista de otro género no resuelva un problema irresoluble: en un proyecto ideológico, nacionalista y, o, revolucionario, siempre es posible discernir intenciones a las que posteriormente correspondan los resultados históricamente determinados; y es evidente que tales enfoques se imponen a partir del momento en que se hace el examen de los acontecimientos sin *a priori*, pero no hay que confundir las intenciones con la lógica del proyecto. Los actores históricos no tienen necesariamente una conciencia total de las consecuencias de su proyecto; en un contexto de guerras, revoluciones o luchas nacionales, por lo general sólo tienen en mente lo más urgente, o bien, cuando sus acciones no forman parte del orden del día, no buscan prever sus resultados. En consecuencia, las huellas documentales se componen más bien de vacilaciones y tergiversaciones que de políticas de largo plazo aplicadas inexorablemente, y las discontinuidades son numerosas. Los actores se refieren entonces a ellas como la “fuerza de las cosas” o la “sorpresa divina”. *A posteriori*, los historiadores retoman los términos del debate, redefiniéndolos como “cultura política”, “cultura de la violencia”, “cultura de guerra”, “brutalización de la persona”, “proceso de radicalización acumulativa”, etcétera, con lo que buscan superar la antinomia entre “la explicación mediante el proyecto” –que tiende a convertirse en un discurso cerrado sobre sí mismo, incapaz como es de tomar en cuenta el desarrollo temporal, remitiendo a un largo plazo paradójico durante el cual pareciera que no pasa nada notable o significativo– y la “explicación mediante el contexto”

–con lo que se corre el riesgo de disolver la unidad de los hechos, el conjunto que constituyen, en una polvareda de detalles–, lo cual se puede observar muy bien en los debates acerca de la Revolución francesa o sobre la historia de la Unión Soviética.

No hay adecuación entre las intenciones, tal como existen en la conciencia de los participantes y como la documentación permite reconstituirlas, y las consecuencias de su proyecto; baste en este caso ver la pluralidad de los puntos de vista sionistas de 1948 sobre la “cuestión árabe” y lo que se puso en práctica en concreto. Aun aquellos que desde hacía mucho tiempo se habían hecho los abogados de la transferencia de la población árabe tardaron mucho tiempo en comprender las nuevas perspectivas; no habían preparado nada por adelantado e improvisaron en una confusión muy grande la otra transferencia, la de las propiedades árabes a las instituciones judías. Lo mismo ocurrió con las medidas que fueron adoptadas inmediatamente después para impedir el regreso de los rechazados: incendio de las cosechas, destrucción de los pueblos. Era necesario hacerlo todo para impedir cualquier resurgimiento de la Palestina árabe en el seno del Estado judío, pero nada fue previsto por adelantado.

#### ¿INTENCIONALIDAD O LÓGICA?

En última instancia, la simple yuxtaposición de mapas decenales de la colonización judía en Palestina de 1880 hasta nuestros días nos enseña más sobre la empresa que el análisis completo de los archivos sionistas, después israelíes. Marca el avance ineluctable de la colonización, mostrando que los acontecimientos fueron una verdadera contingencia, y expresa la lógica y la dinámica de la empresa; pero no se pueden pasar por alto los acontecimientos sin negar las situaciones históricas que en cada etapa permiten comprender las condiciones efectivas de la realización del proyecto: los acontecimientos tienen su propia determinación, que no necesariamente remite al proyecto inicial. Se ve uno llevado entonces a oponer la lógica del proyecto a la lógica de la situación, como si finalmente esos dos órdenes de reflexión existieran en el mismo plano y como si el acontecimiento histórico no estuviese sobredeterminado sino simplemente determinado.

Una vez más, la sobredeterminación del campo histórico crea un malestar en relación con la perspectiva de la determinación simple, siempre más estrechamente judicial, que tenemos en el umbral de un nuevo siglo: ahí donde se espera una definición muy clara del “culpable” o del “inocente”, el historiador se encuentra en la imposibilidad de determinar la intencionalidad, cuestión que, cuando se reflexiona en ello, se ve que no es de su competencia: contrariamente a lo que decía Chateaubriand, ya no está encargado por la Providencia de la venganza de los pueblos. Todo el mérito de los avances metodológicos de los últimos decenios reside precisamente en el abandono de tal perspectiva en provecho de la búsqueda de los significados de los acontecimientos. Consecuentemente, el proceso de judicialización que expresa la “demanda social” de hoy en día y que se convierte en uno de los elementos clave de la conducta de los actores de la cuestión de Palestina al final del siglo *xx*, tiende a una regresión mayor de la metodología histórica.

Aunque es muy claro que la complejidad de los acontecimientos hasta el verano de 1948 hace difícil una búsqueda de responsabilidad, sí es necesario, en cambio, considerar que las opciones elegidas por el gobierno israelí a partir de ese momento fueron determinantes para el futuro. Legítimamente, se puede considerar que, si se trata de la adopción sistemática de la hipótesis de lo peor y la definición siempre más extensiva de los imperativos de seguridad, su lógica fue en esencia contraproducente: a partir de 1948 el único territorio del mundo en el que los judíos se encuentran en una situación periódica de inseguridad, incluso de riesgo para su supervivencia, es precisamente el del Estado de Israel, lo cual marca, así, lo que puede ser el fracaso principal del proyecto sionista en lo que concierne a la voluntad de normalización.

Es como si el sionismo hubiese perseguido proyectos contradictorios debido incluso a la dimensión absoluta de sus orígenes. Es el único movimiento nacional que ha debido crear a la vez su pueblo, su lengua, su cultura y su territorio, de donde la dificultad de trazar límites y el riesgo permanente de las regresiones, como lo demuestra la oposición que se hace en la actualidad en un Israel “multicultural”, aun entre “judíos” e “israelíes”. Cada avance de la colonización crea una situación de violencia que mantiene una inseguridad general, tanto más fuerte cuanto que adquiere sentido en una herencia histórica de

persecuciones y exterminaciones. La colonización se encuentra en la dinámica misma del irredentismo original, de ahí lo inconcluso de la normalización del pueblo judío y la regresión paradójica a un estado de temor que el sionismo quería hacer desaparecer.

En ese marco actual se debe abordar la obra de los “nuevos historiadores”. Ellos no ponen en tela de juicio la legitimidad israelí, sino que, desmitificando la historia, buscan permitir una mejor toma de conciencia de ese “otro”, el cual, siempre definido como “cuestión” o “problema”, es en realidad inseparable de la experiencia sionista y, después, israelí. Esta reintroducción del socio árabe no proviene de la utilización de nuevas fuentes documentales –los nuevos historiadores recurren exactamente a las mismas fuentes documentales sionistas, israelíes y occidentales que sus críticos israelíes y judíos–, pasa muy simplemente por el abandono de la perspectiva centrada en lo interno de una historia nacional eventualmente productora de mitologías y por el acceso al plano de una historia general que ya no emita juicios de valor. Este enfoque aparentemente frío y positivista les ha valido una avalancha de acusaciones de traición y falsificación. La lógica de su manera de proceder los lleva, sin que tengan realmente conciencia de ello, lo hemos visto, a tomar en cuenta interacciones permanentes entre las partes en juicio; no obstante, la mayor parte del tiempo permanecen prisioneros de las polémicas que suscitan en el auditorio judío y tienden a constituirse en “club” de historiadores judíos israelíes, manteniéndose a distancia de los historiadores árabes, aun de los que son israelíes. En cuanto a la historiografía árabe, aunque se mantuvo centrada en lo interno, cuando pudo expresarse libremente pasó a una crítica razonada pero vehemente de las sucesivas direcciones del movimiento nacional palestino.

Si bien es cierto que la metodología de los nuevos historiadores israelíes puede parecer muy tradicional a los historiadores europeos dotados de instrumentos complejos para abordar asuntos que se han vuelto anodinos, también es cierto que tienen el inmenso valor de abordar aquello que es absolutamente vital y más sensible en su propia sociedad.

Así, el hecho mismo de que el debate se haya centrado inmediatamente en 1948 revela una vez más a qué grado ese momento es el meollo de todas las tensiones y todas las pasiones actuales.

El debate sobre 1948 expresa también todas las dificultades de la escritura de la historia del siglo xx en el momento en que este último ha llegado a su fin. El hecho de que se trate de uno de los periodos más violentos y más atroces de la humanidad es evidente, como es claro que su tragedia entraña una denuncia de las ideas de progreso y civilización que siguen constituyendo el meollo de las grandes doctrinas ideológicas dominantes. Es como si en el último cuarto de siglo el abandono del paradigma intelectual de la transformación del hombre por el hombre y la impugnación de la legitimidad del hecho revolucionario, tanto social como nacional, oscurecieran los motivos de los actores del periodo anterior. Ha desaparecido un personaje, el del militante y combatiente, en provecho de la acción humanitaria únicamente. Ya no vemos sino a las víctimas, lo cual es, evidentemente, saludable. Hoy en día, asimismo, la expresión de la violencia parece un anacronismo insoportable, y cuando la violencia tiene su origen en la referencia religiosa, es doblemente anacrónica.

Esta interpretación del presente la proyectamos de manera retrospectiva sobre el siglo en su conjunto. Cada vez nos interesamos más en la víctima y ya no buscamos comprender, en todo el sentido del término, al militante y combatiente, que, no obstante, fue el actor principal. Nos encontramos en la situación de la “crisis de conciencia europea” que surgió inmediatamente después de las guerras de religión, es decir, en la indispensable incomprensión de los actos de aquellos que nos han precedido, de quienes multiplicamos los procesos reales o imaginarios.

La primera consecuencia de esta nueva visión de las cosas es que, en la actualidad, fuera del dominio específicamente científico en el que han querido fortificarse los nuevos historiadores, el debate sobre 1948 se refiere esencialmente a las víctimas evidentes, los árabes palestinos, y que los defensores de la legitimidad israelí, que consideran que esta última ha sido puesta en tela de juicio, responden remitiendo al contexto, operación que el proceso de “judicialización” tiende a impedir. Su segunda línea de defensa es la de lo trágico de una situación marcada por la falta de opciones de parte de los actores y el aspecto fatídico de sus enfrentamientos sin que se comprometa su responsabilidad.

El Estado de Israel es y pretende ser heredero y expresión del pueblo judío, pueblo víctima por excelencia; pero en la actualidad los palestinos se conciben como “víctimas de las víctimas”. Toda proporción guardada y sin que ello sea comparable en el horror, la expulsión de 1948 funciona como la Shoah en la constitución de su identidad y en la formulación de sus reivindicaciones. Consciente e inconscientemente, tanto por mimetismo como por reproducción de una situación histórica, el pueblo palestino se erige en pueblo judío desdoblado. Por lo demás, quizás en ese proceso de desdoblamiento y victimación es donde se podría elaborar una solución duradera, si no justa, del conflicto.

El debate sobre 1948 nos instruye al menos tanto sobre los acontecimientos evocados como sobre el estado de nuestras interrogantes actuales. Nos muestra los límites de la metodología histórica contemporánea, sobre todo cuando ésta se ve enfrentada a una “demanda social” de judicialización y victimación que busca hacerle decir lo que por naturaleza es incapaz de expresar a partir del momento en que acepta los límites epistemológicos que le impone la sobredeterminación histórica. ❧

#### BIBLIOGRAFIA

Flappan, Simha, *The Birth of Israel, Myths and Realities*, New York, 1987.

Karsh, Efraim, *Fabricating Israeli History: The New Historians*, New York, Editorial Frank Cass, 1997

Morris, Benny, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*, Cambridge, Middle East Library, 1987.

Shlaim, Avi, *Collusion across the Jordan, King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine*, Oxford, 1988.

Segev, Tom, *1949, the First Israelis*, New York, 1986.